

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8331

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 5

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Casimir, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MED ERAS 4.

Viernes 16 de Agosto de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo á las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus piés rendido,
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor á tu altiva prepotencia
Pulsa ya lira esta modesto vate;
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí de ir para remate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.º de Agosto 1500 cubiertas de paquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

CURA inmediatamente toda
Dismenterias, Vómitos (de los niños y de las embarazadas)
Diarreas (de los niños y de las embarazadas)
Colera, Tifus, Catarros y úlceras de estómago
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

BISMUTO Y CERA
VIVAS PEREZ

Véase en la 4.ª plana el anuncio *Gran Exito*.

COLOCACION.

La desea un joven de 18 años que acaba de terminar la partida doble para auxiliar de una casa de banca ó para dependiente de tienda de ultramarinos, bien para la población ó fuera, tiene personas que abonen por él.

Para más pormenores, calle larga de San Cristóbal, núm. 36 pral.

NO MAS CALENTURAS

Se acabarán las calenturas, tercianas y cuartanas por rebeldes que sean, tomando las pildoras antifebrífugas preparadas por D. Fermín Martín y Gil, Farmacéutico de Cáceres.

Es tan grande la eficacia de nuestras pildoras antifebrífugas para estas enfermedades, que no solo hacen al enfermo desterrar las Calenturas desde el momento en que las empieza á usar siempre que sea en la forma que determina el prospecto que cada caja lleva dentro sino que hacen que recobre el apetito perdido y como consecuencia inmediata, la adquisición de las fuerzas que no tiene, perdidas también, por causa de la enfermedad, sucediendo todo ello de una manera tan rápida en la economía que permiten que el paciente continúe consagrado y sus ocupaciones constantes sean las que fueren, sin dejarlas un solo día: Tal es la naturaleza de nuestras pildoras antifebrífugas.

Precio de la caja entera. 22 rs.
Id. de la media caja. 11 rs.

Se expenden en las farmacias de los señores don Luis Rizo y Blanca, Cuatro Santos 14 y 16 y Sres. Germes hermanos; Carmen 12 y Mayor 14, Cartagena.

LOS ELECTORES.

Ocasión es esta muy á propósito para recordar al público lo que, en materia de elecciones, constituye su obligación y su conveniencia.

España entera se siente ofendida é indignada por la conducta de una corporación popular de la corte y España entera comprende que habrá probablemente otras corporaciones populares en donde suceda lo propio que en aquella, siquiera en menor escala.

Culpa tienen indudablemente los elegidos, que no han procedido en su cargo con arreglo á la ley; pero culpa y mayor todavía, tienen los electores que, al emitir su voto, no supieron acaso lo que se hacían.

Cuando el pueblo tiene el derecho de elegir, y no quiere elegir bien, sufra las consecuencias.

Varias veces hemos dicho que es un absurdo, una cosa sospechosa, eso de que un caballero particular, por sí y ante sí, se presente candidato, y vaya de casa en casa solicitando votos, se imponga sacrificios para triunfar en la elección, y se humile ante cualquier vecino, á quien después ha de desatender en todo, para obtener su sufragio.

El pueblo, por los medios diversos que hay para ello, es el que debe designar los candidatos y el que debe ir por los candidatos y rogarlos que acepten el cargo.

Y el pueblo, para designar esos candidatos, debe mirarse mucho, y mirar, sobre todo, el bien común.

Porque no sirve cualquier amigo, no sirve cualquier cacique, no sirve cualquier poderoso para administrar los intereses populares ó para deliberar sobre las leyes que al país convienen.

El buen entendimiento es muy necesario; el carácter simpático es circunstancia preferente; pero lo primero de todo es la honradez probada y después la independencia absoluta.

Personas hay en todas partes, listas, honradas, independientes, serias y dignas, aunque no sean muchas.

Esas personas, por lo mismo que están enaltecidas por esas condiciones, no van á mendigar votos, no andan de casa en casa, no solicitan nada de nadie.

Pero, como buenos patriotas, están siempre á las órdenes del pueblo y dispuestas á trabajar en favor del pueblo.

A esas personas hay que buscar, llámense como se llamen.

Un hombre que á nadie se debe, que nada necesita y nada puede apetecer, que tiene nota de bondad en todas partes, que es un excelente esposo, un buen padre de familia y un buen amigo, y que, además, manifiesta alguna instrucción, discurre con sensatez y se inclina siempre hacia la razón y hacia el bien, será de seguro, buen diputado, buen concejal, buen hijo de la patria.

Si el pueblo en vez de votar á un hombre así vota á cualquier desconocido, ó demasiado conocido, porque se lo mandó un jefe, porque se lo recomendó el cacique ó amigo, entonces que no se queje de lo que al fin resulte.

Lo primero que se necesita para dar un voto, es conocer bien al candidato.

Sin saber á quien se vota, nadie debe votar.

Porque nadie entrega la administración de sus bienes particulares ó la dirección y educación de su familia, al primer desconocido que se presenta.

Y los bienes y la dirección de la patria, son aun más sagrados que los bienes particulares y la dirección de la casa.

Nosotros hemos tenido siempre la idea

de que casi todos los males que nos afligen, provienen de la conducta del público.

Esos liberales que tienen una oficina, por ejemplo, y obligan á sus empleados á que voten á determinada persona, que es, probablemente desconocida para los empleados, ó quizá desagradable, se contradicen, infringen la ley y faltan á la patria.

Esos caciques que, con promesas, que se cumplirán ó no, compran los votos de muchos pobres que tal vez dejarían de serlo si en el país hubiera buenos legisladores y buenos administradores, cometen un acto digno de severísimo castigo.

Y esos personajes que pretenden y exigen ser votados por todos aquellos á quienes sacaron de un compromiso ó hicieron un favor, ó á quienes pueden causar, si quieren, algún daño, ni saben lo que es favor, ni lo que es gratitud, ni lo que se debe á toda persona decente.

Con tales liberales, con tales caciques, con tales personajes, no hay medio humano de que las elecciones sean una verdad, ni que las elecciones produzcan buenas leyes y buena administración.

La libertad del sufragio es tan sagrada como la libertad de la conciencia. Y el hecho de privar á cualquiera de aquella libertad, es tan censurable, tan indigno, tan punible, como el privarle del dinero. Acaso más; porque hemos de convenir, en último término, en que el dinero es lo que menos vale entre la humanidad.

Por estos principios quisiéramos que se guiase siempre todo el mundo cuando de elecciones se trata.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

VITOLA

Charada

Es malo quien prima tres,
tercia con segunda es verbo
y solo efectos de arder
es lo que en mí todo llevo.

J. Martí y Mala.

La solución en el número próximo.

HEROISMO.

(De E. M. Vogús. De la Academia Francesa)

Habíamos acabado de comer y recayó la conversación sobre esos mártires del deber, héroes desconocidos que no dejan su nombre en ninguna pomposa relación de esas que, con el tiempo, sirven de timbre á una familia y son páginas de gloria en la vida de una nación; soldados que se sacrifican á la seguridad de sus camaradas y caen oscuramente sin que una estátua celebre su heroísmo ni la patria recompense sus hazañas.

Durante la relación, guardó silencio el conde de X..., capitán de navío, joven todavía, pero cuyo rostro curtido por la brisa del mar acreditaba larga estancia lejos de tierra. De pronto tomó la palabra y empezó á hablar:

—Es verdad—dijo—los héroes cuyos nombres veneramos no son los únicos acreedores á nuestra solicitud. Los que hemos corrido

peligros, lo mismo en la tierra que en el mar, debemos á lo mejor nuestra vida á cualquiera de esos desdichados que se sacrificó por nosotros y del cual no conservamos en la memoria ni siquiera su nombre de bautismo. Esto me recuerda una historia que no puedo referir sin sentir frío en el corazón.

—¡Contad! ¡Contad!—dijeron varias voces.

—La contaré, pero de antemano anuncio que es muy triste.—

Habíase puesto muy grave. Todos nos preparamos á escucharle. Pasóse él la mano por la frente y habló así:

—En 18... en «Belliqueuse» apareja en Cherbourg para ir á cruzar á las Antillas. Yo era alférez de navío y tenía entre mis gaveros un hombre de Plougoec, que acababa de casarse y había estado con licencia. Reembarcado con nosotros hasta acabar su compromiso, esperaba verse libre á fin de año, en cuya época debía suceder á su suegro, un pescador de Plougoec que tenía tres barcas propias, por lo cual se le consideraba como un potentado en el entrepuente. Era además uno de nuestros mejores marineros; sabía leer y escribir y se le había nombrado primer contramaestre. Tuvimos una travesía magnífica hasta llegar á las islas; al entrar en las Caribes el mar se puso más fuerte, y entre la Guadalupe y la Désirade fuimos asaltados por un fuerte viento Nordeste.

Cuando llegó la noche, el canal estaba negro como la boca de un horno, las ráfagas desiguales fatigaban el barco y costaba mucho trabajo hacer que siguiera la ruta.

Yo estaba de cuarto; y una después de otra lizo cargar todas las velas.—Al volver el cabo de San Pedro, para evitar las arrecifes que avanzan hasta muy lejos de la costa, hubo que abrir un ángulo más considerable con el viento, que arreciaba más á cada instante. A la primera vuelta de timón dos grandes olas barrieron el puente, mi barco vaciló como un hacha y se inclinó de modo que la borda de estribor llegó casi á tocar al agua.

Vi que era preciso quitar la tela, y di mis órdenes al contramaestre, que silbó á los gaveros.

Cuando transmitió la orden nadie se movió. Se trataba de subir á los mástiles, es decir, irse á pasear sobre una verga que describía en aquel momento un arco de una amplitud de 90 grados.

Un segundo silbido sonó: los hombres parecían clavados al puente.

Furioso yo di un salto hacia ellos y dije á mis marineros:

—¿Desde cuando los marineros de la «Belliqueuse» tienen miedo á subir á los palos?

Entonces, el gaviro de Plougoec avanzó hacia la escata de cuerda y dijo:

—En momento, mi capitán; ya voy, ya voy.

—Y cogiendo los nudos con sus gruesas manos comenzó á subir los escafones que el viento sacudía haciéndolos chocar contra los aparejos.

Todos le mirábamos subir; el viento que hinchaba su blusa como una vela, lo bamboleaba junto con la escala.

Cuando llegó á la cofa, la noche era tan negra que no le distinguíamos.

Solo vimos su sombra pasar por delante de la luz del vigia.

Un momento después, mientras que yo me volvía para mirar la maniobra, mi voz fue cubierta por el ruido seco de una pieza de madera que se rompe, seguido á los tres segundos de intervalo por el ruido sordo de un cuerpo que cae al agua.

—¡Un hombre al agua!—gritaron de prou. Instintivamente di orden al timonel de virar y mandé.